



En la revista de Ginebra *Letras* se publicaron recientemente varios sonetos suyos, traducidos por Rolland-Simon y P.-J. Jouve.) Es comprensible que la novela desee renovarse, por lo menos en cuanto a los procedimientos y el estilo; sin embargo, cabe preguntar hasta qué punto se ha beneficiado de las tentativas que de Proust a Cailheux han intentado remozarla. En un siglo, las obras de Stendhal no han envejecido, mientras que novelas de hace solo veinte años resultan hoy ilegibles, y el mismo peligro amenaza a muchas otras escritas en nuestros días con pretensiones de renovación.

La lucha entre la observación y la expresión directas y la reacción poética no data de hoy. Mientras que por una parte la novela francesa, de madame de Staël a Zola, buscaba cada vez en mayor grado la fidelidad del hombre y su ambiente, por otra parte, la nueva poesía, descubierta por Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé, significa una protesta contra el naturalismo y sus excesos, contra una óptica limitada, juzgada insuficiente, e incluso contra la existencia y el valor del género novelesco, por lo menos como ligado a la alta literatura.

Nadie negará el valor de la aportación poética, estilística, a la novela. El estilo voluntariamente pobre, pedestre, de los naturalistas, ha ganado en color y ensueño. Todos admiten hoy que, como literatura, Maupassant es superior a Zola. Por otra parte, se duda del porvenir de las novelas en las cuales la acción está subordinada al estilo. Pocos poetas contemporáneos igualan a D'Annunzio; sin embargo, sus novelas nos parecen mucho más lejanas, remotas, antiguadas, no solo que las de Balzac, sino más que las obras redactadas en estilo natural, sencillo, transparente, como *Manon Lescaut*. El abate Prévost es, con los ingleses de su época Richardson y Fielding (llamado pomposamente por Byron «el Homero de la naturaleza humana»), el padre de la novela moderna, del género cuya boga comienza con el siglo diecinueve, hasta llegar a la hipertrofia. Y después de haberse inspirado en los italianos, los españoles, los

ingleses (influencia alemana apenas hay otra que la de Werther), la novela francesa, y a través de ella la de otros países, intenta realizar—conforme dice Mauriac—el acuerdo entre el orden francés y la complejidad rusa». Todo lo humano atrae al escritor de hoy, que no duda de violar el secreto de los corazones y los sentidos. La psicología primaria, rudimentaria, cede ante lo complejo; pero este enriquecimiento del tema no excluye la composición, sin la cual no hay novela, sino, a lo sumo, poesía en prosa. Se objetará que la novela escrita en estilo sencillo corre el peligro de caer en el novelón. El «estilo de información puro y simple», si no está acompañado por un asunto nuevo o por un estudio original del alma, precipita la novela en la modorra y lo convencional. André Breton la condena como género en su *Manifiesto del Surrealismo*, en nombre de un arte más libre, que admite la poesía de lo maravilloso y que descubre el vasto campo de los ensueños.

Las severas críticas dirigidas contra la novela no han resultado vanas, sino más bien beneficiosas. Escasos son los novelistas que siguen fieles a los preceptos de Maupassant; la mayor parte de ellos fecundan sus obras con apartaciones de Dostolevsky, Kafka, Joyce, Dos Passos y otros. La intriga pasa a un segundo lugar. Pierre Benoit o Simenon forman una excepción. Como observa René Tavernier en el número especial de *Confluencias*, ni siquiera Simenon es un novelista de aventuras, comparado con un Sué, sino un excelente novelista de ambiente, de atmósfera, de «clima». El escritor moderno introduce en su obra lo fantástico, lo múltiple, lo épico, la naturaleza en un mundo que en la novela clásica aparece un tanto menguada. Al mismo tiempo profundiza, ensancha y transforma su concepto de lo real, procurando no perder en verosimilitud. El ideal es una especie de realismo poético, que coge por modelo al ser humano, en su duración y complejidad, y no una figura convencional, arbitrariamente recor-